

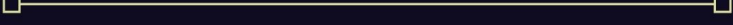
Zombis vs. Idiotas

María Milla García



ZOMBIS VS. IDIOTAS

CUANDO TUS CAPACIDADES DE
SUPERVIVENCIA SON NULAS



MARÍA MILLA GARCÍA

Capítulo 1

Me llamo Vic, tengo 20 años y vivo en un mundo sumido en el descontrol. Desde que tengo uso de razón los zombis han habitado entre nosotros, devorando nuestros cerebros y ampliando sus filas. Al principio todos continuaban con sus vidas: iban al trabajo, hacían la compra, se marchaban unos días de vacaciones. Solo tenías que saber evitarlos. Todo empeoró hace cuatro años cuando una pandemia arrasó el planeta y los zombis vieron su oportunidad para convertirse en la raza más numerosa. Mis padres cayeron en un viaje al supermercado en busca de provisiones. Les he visto un par de veces rondando nuestra calle y parece que les va bien como muertos devora-cerebros. Ahora estoy sola en un mundo caótico. ¿Lo peor? Soy idiota. De verdad, lo soy desde que nací. Carezco de coordinación y mi puntería con las armas solo podría ser peor si fuese manca.

Os voy a contar el por qué ahora mismo me encuentro subida a un tejado, con un chico que tiene un disparo de bala en la mano, y su hermana mayor, una pija insoportable con un chihuahua en un bolso.

Todo comenzó cuando me levanté y descubrí que no quedaba comida en la nevera. Claro, mis padres eran los responsables de hacer el viaje mensual al súper cuando su coche se quedó sin gasolina y tuvieron que continuar andando, siendo presa fácil para un sin cerebro que había por allí. He estado apurando lo que quedaba desde entonces.

—Tengo que salir. Puedo hacerlo —me repetí delante del espejo—. Un viaje corto, sin distracciones.

Cogí el rifle que me habían comprado mis padres cuando cumplí los 12 años. Un regalo encantador, ¿verdad? Para que quede claro, no somos como esos americanos locos que tienen millones de pistolas en sus casas. Os recuerdo que vivimos rodeados de zombis, aquí es necesario saber defenderse y tener con qué.

—Lista para la misión.

Salí a la calle después de comprobar que no había nadie cerca. No sabía conducir, por lo que me tocaría coger mi bicicleta —la cual estaba olvidada en el garaje desde hacía siglos— y pedalear hasta la primera tienda sin saquear que encontrase. No habían pasado ni diez minutos cuando, sin darme la oportunidad de descolgarme el rifle y apuntar, una sombra se echó sobre mí, derribándome de la bicicleta. Ya está. Había llegado mi hora.

—Perdón, perdón, perdón. Creía que eras un zombi —un chico de mi edad me tendía la mano mientras me sonreía nervioso—. A ver, me ha

sorprendido porque tú ibas en bici y esos memos no saben ni atarse los cordones, pero hay que ser precavidos. Soy Jon y esa que ves allí es mi hermana Mónica.

—Soy Vic y, ¿Gracias por no haberme matado?

Jon me contó que Mónica y él también estaban solos y que se movían siempre que podían para no llamar la atención de los zombis que habitaban allí. Vivíamos en una zona de chalets, por lo que era fácil encontrar alojamiento temporal si tenías la suerte de no encontrarte a los antiguos dueños devorando algo en el salón. Sin embargo, esto era un inconveniente a la hora de hacerte con provisiones. La tienda más cercana fue asaltada al comienzo de lo que podemos llamar “El año 1 p.p” —Post-Pandemia, ya sabéis—, por lo que ahora debíamos ir hasta un almacén que había en un polígono a 20 km de casa. Allí tienes que enseñar tu cartilla y los encargados te darán lo que te corresponda para un mes de supervivencia. No os penséis que somos unos salvajes y que arrasamos con lo que encontramos. Volvamos a la historia.

—No iba a matarte... bueno no todavía. Primero me gusta comprobar si se trata de un zombi o un humano —Jon era bastante peculiar. ¿Un pacifista en medio de un apocalipsis? Parece que ya no era la más idiota, él me ganaba—. Me gusta tratar bien a todo el mundo, pero esos come-humanos no me dejan otra opción. Sé que el karma me lo hará pagar en alguna vida futura.

—Ya... Bueno, encantada de conoceros, de verdad. Pero tengo que ir a comprar, así que, adiós —iba a montar de nuevo en mi bici cuando comenzamos a escuchar unos pies arrastrándose por el suelo. Eso solo podía significar una cosa—. ¡ZOMBIS!

—¡ZOMBIS!

Los tres nos escondimos detrás de los contenedores de basura. Preparé el rifle, rogando que aquellos seres no fuesen mis padres. Sé que están en el lado oscuro, pero no me sentiría bien volándoles la cabeza.

—¿QUÉ HACES CON ESO?! —Jon intentó quitarme el rifle—. ¿No pensarás matarles sin comprobar si son como nosotros?

—Ese sonido no es de humanos y tú lo sabes. Ahora, por favor, apartaos si no queréis salir heridos. Solo he disparado contra latas de cerveza para practicar y he de decir que la parte de atrás de mi casa parece un colador. Las latas siguen en el mismo sitio, por si os interesa.

Mónica retrocedió hasta la entrada del chalet, supuse que buscaba una salida a la calle de al lado. Luego vi como sacaba a su chihuahua del bolso y descubrí que solo quería un arbusto donde dejar que el perro hiciese sus

cosas. ¿Cómo era posible que estos dos sobrevivieran aquí? Si ellos podían, yo también, ¿No?

Volví a centrarme en los zombis. No nos habían visto, por lo que se entretenían dando vueltas en medio de la calle. Apreté el gatillo para disparar al cubo de la basura que había a sus espaldas, intentando hacerles darse la vuelta y dándonos la oportunidad de escapar.

—¡AAAY! CÓRCHOLIS ME HAS DADO A MÍ.

Me volví hacia Jon, quien tenía un agujero en la palma de la mano y me miraba horrorizado. La bala había dado en la parte metálica de nuestro cubo de basura y rebotado hacia su mano. Os hablé de mi mala puntería. Los zombis habían oído el grito y venían en nuestra dirección. Teníamos que salir de allí inmediatamente. Mónica, que había vuelto al escuchar el grito de su hermano, le prestó —con mucha reticencia— un pañuelo para taparse la herida.

—O sea, me debes una pasmina nueva. Esa la compré en Londres cuando aún se podía viajar. Por cierto, si os interesa, he visto una escalera en la parte de atrás. Estaba sucísima, pero podría servirnos de ayuda.

Los tres fuimos hasta donde había indicado Mónica y comenzamos a subir por la escalera. Algo que nos llevó más tiempo de lo que, habitualmente, habría tardado una persona en ascender por ella. Una vez que llegamos al tejado, Mónica tiró la escalera al suelo.

—¡Genial! ¿Cómo se supone que vamos a bajar ahora? —Estos hermanos iban a conseguir que me matasen. Si mis posibilidades de sobrevivir ya eran limitadas gracias a mi idiotez, ahora ellos habían logrado que estas se multiplicasen—. La podrías haber subido aquí.

Por suerte, los zombis no se dieron cuenta de usar la escalera para llegar hasta nosotros y un rato después se aburrieron y se fueron en busca de otras presas. Sin embargo, estábamos atrapados en el tejado sin poder bajar. Mónica propuso llamar a unos amigos suyos —¿esta chica seguía utilizando el móvil?— para que viniesen a buscarnos. Los más cercanos estaban a más de trescientos km de nosotros, por lo que tendríamos que esperar.

Y esa es la razón por la que estoy subida al tejado con un pacifista hippioso y su hermana la pija del chihuahua. Podrían hacer una peli sobre nosotros. Zombis vs. Idiotas, la película. Yo iría a verla. Bueno, si aúnuviésemos cines.